



HAY MOTIVO

TOMÁS
CUESTA

BENDITO ABURRIMIENTO

Fue un alivio, ayer, escuchar a Rajoy: un gobernante que anuncia su intención de abordar la austera administración

EN su exquisita galería de «Victorianos eminentes», el gran Lytton Strachey (pie-dra angular del Círculo de Blommsbury y amigo —muy amigo— del manirroto Keynes) incluye una semblanza de Lord Hartington que es, en opinión de André Maurois, la síntesis exacta del ideal de hombre de Estado que han tenido siempre los ingleses. Tal y como lo pinta el retrato de Strachey, el prócer liberal era, en esencia, un hombre honesto hasta la médula, prosaico a carta cabal y previsible hasta el bostezo. Es decir, para no andarnos con rodeos, nuestro héroe era un muermo. Pero eso, que quizá en otras latitudes le hubiera impedido hacer carrera, fue lo que, a ojos de los súbditos de Su Graciosa Majestad, le convirtió en un personaje que, amén de pintoresco, resultaba modélico: «Los electores estaban absolutamente seguros de que Lord Hartington no sería nunca, en ninguna circunstancia, ni brillante, ni sutil, ni sorprendente... Y, al escuchar sus discursos, enhebrados con adustez estoica, ayunos de retórica y repletos de evidencias, experimentaban una suerte de confortable aburrimiento que abonaba el futuro y avalaba el presente».

La sombra de Lord Hartington sobrevolaba ayer el Parlamento, cuando uno de los políticos menos seductores de la España contemporánea, Mariano Rajoy, desgranaba evidencias. Evidencias a las cuales, a lo largo de los siete años últimos ningún miembro de los gobiernos de Zapatero quiso prestar oído. Las dos últimas legislaturas han sido la apoteosis de lo ilusorio, el fuego de artificio que deja boquiabiertos a los necios con sus colorines: todo vistoso, todo complaciente, todo quincalla. En cualquier tiempo, un gobierno así, hecho de foto, sonrisa y espectáculo es funesto; en tiempos de crisis, es garantía de ruina.

Al cabo de siete años, el ánimo ciudadano está estragado por tanta melaza y tan exhibidas buenas intenciones de gobernantes cuya incapacidad sólo halló disfraz bajo dosis estomagantes de angelismo retórico. Fue un alivio, ayer, escuchar a un político aburrido, Mariano Rajoy: un gobernante que anuncia su intención de abordar algo tan poco épico como la austera administración de un país al cual otros arruinaron con su alegre inconsciencia. Fue un alivio no tener que aguantar memorias históricas, heroísmos imaginarios, toda la amalgama de podrido sentimentalismo con la cual los socialistas españoles ahogaron cualquier reflexión adulta acerca de la política y la economía en los tiempos en que más indispensable era atenerse a la fría constancia de los datos.

Mariano Rajoy apostó ayer por el sensato principio de cautela, que es el suelo más firme del pensamiento conservador. Michael Oakeshott lo formuló en una sopesada tesis, que hubiera agrada-do al Lord Hartington de Strachey: «Ser un conservador consiste en preferir lo familiar a lo desconocido, lo contrastado a lo no probado, los hechos al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo sobreabundante, lo conveniente a lo perfecto, y, sobre todo, la felicidad presente a la dicha futura». Y quizás esa voluntad de medida sensatez defina hoy el umbral mínimo a partir del cual la política pueda salvar la tentación de mutarse en delirio salvífico.